Instituto de Investigaciones Gino Germani
VII Jornadas de Jóvenes Investigadores
6, 7 y 8 de noviembre de 2013
Isabel Rollandi
Universidad de Buenos Aires
isabel.rollandi@gmail.com
Eje 2: Poder. Dominación. Violencia.

Ensayo sobre el riesgo en el trabajo de Claude Lefort sobre el Príncipe de Maquiavelo

> "Aunque por la natural envidia de los hombres haya sido siempre tan peligroso descubrir nuevos y originales procedimientos como mares y tierras desconocidos, por ser más fácil y pronta la censura que el aplauso para los actos ajenos, sin embargo, dominándome el deseo que siempre tuve de ejecutar sin consideración alguna lo que juzgo de común beneficio, he determinado entrar por vía que, no seguida por nadie hasta ahora, me será difícil y trabajosa; pero creo me proporcione la estimación de los que benignamente aprecien mi tarea."
>
> Maquiavelo, "Prólogo*", Discursos sobre la primera década de Tito Livio.*

> "…no puedo ofreceros mejor regalo que el de procurar sepáis en brevísimo tiempo cuanto yo he aprendido en tantos años y con tantas molestias y peligros."
>
> Maquiavelo, "Dedicatoria", *El Príncipe.*

En este escrito nos abocaremos al estudio de la interpretación que realiza Lefort de El Príncipe de Maquiavelo[1.] Llevamos adelante este trabajo, guiados por las impresiones que genera a cada paso la obra, y reconociendo las dificultades de la obra de Claude Lefort, quien nos describe el estatuto de la obra de Maquiavelo, sus intérpretes, su trama y su autor, llevando adelante una construcción de posiciones que parecieran ir variando a lo largo del trabajo. Si reconocemos en primer lugar un autor, un lector y un actor; Maquiavelo, Lefort y el príncipe, más adelante encontraremos que estas figuras comienzan a sobreponerse en el movimiento de desarrollo del trabajo.

A lo largo de estas páginas recorreremos la interpretación de Lefort sobre *El príncipe* de Maquiavelo, buscando reponer el trabajo que realiza y precisamente, el lugar para el sujeto de

[1] A lo largo de este trabajo nos hemos encontrado con la necesidad de recurrir a otras obras del autor, donde se presenta –quizás- su pensamiento de modo más acabado. Sin embargo, en este escrito sólo trabajaremos el capítulo sobre El Príncipe del trabajo de Lefort, sin presentar los desarrollos en obras posteriores.

acción, y al mismo tiempo, el del lector y el autor en el ejercicio de pensamiento, de escritura y de lectura. Para ello intentaremos reconstruir las premisas sobre las que se funda la lectura lefortiana, para luego pasar al análisis específico de El Príncipe, y así intentar iluminar junto con el autor el sentido que encierra la obra, siguiendo el camino abierto por el texto. Y vemos que la comprensión de la obra se nos aparece con un requisito: la posibilidad de pensarla se presenta sólo cuando el lector hace a un lado la búsqueda de un sentido cerrado y final, y consigue abrirse a la indeterminación. Para ingresar al texto es necesario tomar el camino del riesgo.

La nueva ontología que, siguiendo a Lefort, inaugura la obra de Maquiavelo, permite comprender de qué modo la indeterminación inscrita en la verdad efectiva de lo social, -junto con la indeterminación de la obra misma-, comprende a su vez la apertura hacia un camino novedoso. El camino del riesgo se nos aparece, por un lado, como la única vía posible para el sujeto de acción de Maquiavelo, y por otro lado, como la única guía para nuestra reflexión sobre la obra: el ejercicio de lectura requiere el riesgo del balance en el abismo que abre el texto.

La lectura y la representación

Lefort comienza su trabajo con la búsqueda del significado del nombre y la representación de Maquiavelo. Se remonta a los orígenes de dicha representación para encontrar en el mito del maquiavelismo, el reflejo de un diagnóstico de la época: el anti-maquiavelianismo condensa la angustia por la descomposición del orden antiguo. Caído el velo de la legitimidad del ordenamiento social tradicional, la inmoralidad principesca queda al descubierto y el comportamiento político aparece como una amenaza. Así el contenido profundo de la crítica se encuentra precisamente en la capacidad de la obra de revelarse como signo de la subversión del orden social (Lefort, 2010, pág. 25). La reflexión sobre el mito ilumina la obra y los efectos del mito revelan que la obra se coloca una y otra vez sobre lo que Lefort llama una *fisura de la experiencia social*.

Es así como vemos que la obra, iluminando una contradicción propia de lo social –que para Maquiavelo va constituir la ontología de lo social-, presenta en su interior un elemento que exige ser pensado; incluso más, un elemento que señala una contradicción, pero una cuyos términos son inconcebibles. Este elemento de indeterminación es lo que Lefort define como un contenido de lo *real* en la obra. En la búsqueda de una comprensión de la obra, cada intérprete se posiciona frente a aquel enigma, pero cada solución trae consigo, antes que una revelación, la relevancia de la fe

colectiva en el enigma. De modo que la pregunta acera de lo real se suspende en una indeterminación y funda, al mismo tiempo, todo desarrollo posterior en torno a ella. Es decir que aquel movimiento que busca la resolución de la contradicción sobre la que se funda la obra, da forma a un imaginario, que encierra la representación de Maquiavelo. La obra se presenta abierta a la reflexión sobre ella, actualizando la eficacia del discurso.

El carácter específico de la literatura de la posteridad maquiaveliana es que se constituye a partir de una obra que trata de la política, de modo tal que la cuestión del poder y la cuestión del presente histórico están imbricadas en las cuestiones referentes al proceso de institución de la obra de pensamiento. "Y, cada vez, se hace la prueba de la diferencia temporal bajo cuyo efecto se articulan la relación con el poder y la relación con el saber." (Lefort, 2010, pág. 85). Nuestra tarea, dice Lefort, es explorar las relaciones que se establecen entre el pensamiento de la obra y el pensamiento de la política. Como señala Bignotto, "interrogando a Maquiavelo, el objeto de estudio es al mismo tiempo su obra y la sociedad política." (Bignotto, 2012, pág. 7). La obra, que presenta la variedad de la materia y hunde sus raíces en lo *real* de la sociedad –que revela, para Maquiavelo, su contradicción, es decir, su incapacidad de ser idéntica consigo misma-, permanece abierta a la reflexión, y en la búsqueda de su solución actualiza constantemente el pensamiento sobre lo político y su necesidad.

Incluso más, es necesario tener en cuenta que el estatuto de la obra adquiere una relevancia histórica, como un trabajo que inaugura, no sólo un nuevo *modo* de pensar el campo político, sino también como un trabajo que instituye un nuevo *orden* de lo político, transformando el "objeto" mismo con su enunciación.

Lefort comienza a trazar el camino para la lectura de la obra de Maquiavelo, y comienza con una crítica al positivismo. Cualquier intento que busque reconstruir la obra siguiendo un orden externo, o busque extraer de ella un saber positivo, se encontrará con nada menos que su resistencia. Tal como señala N. Bignotto, si buscamos comprender a la obra como un edificio del saber, dejamos de lado la parte más importante: el hecho de que toda obra contiene un impensé, un elemento no pensado, una franja de indeterminación. Y es precisamente aquella la que nos incita a pensar. (Bignotto, 2012, pág. 2). La garantía para la comprensión de la obra no es provista por un elemento externo, ni por la constatación de premisas que guían la reflexión del autor

Así, como señalábamos, la obra sólo se abre al lector cuando resigna a disponer tanto de su sentido, como del de la política, ignorando deliberadamente a dónde conduce la investigación -aunque sin perder de vista que la obra se nos aparece siempre como algo que figura un origen-. El lector sólo encuentra las huellas de la aventura de la obra cuando consigue reabrir el tiempo de la obra. Y el trabajo del intérprete coincide con el del escritor: el itinerario que describe el texto es descubierto por el autor en su propio desarrollo, al igual que el lector descubre su trazo siguiendo su intención –y también el príncipe descubrirá en el curso de su acción tanto la necesidad de su acción como, y más precisamente, de su representación-. Así es como en el movimiento de su expresión, se crea una doble relación, con las cosas y con el lenguaje, *que tan solo puede satisfacer a condición de afrontar constantemente lo desconocido*.

Los acontecimientos de la obra se despliegan, como dice Lefort, a partir de este encuentro con lo desconocido, "signo –diríamos empleando el lenguaje de Maquiavelo- de los poderes de la Fortuna, de la que se apropia –o con la que se compone- la *virtù* del escritor en el momento mismo en que los desencadena" (Lefort, 2010, pág. 151); solo podemos comprender la obra siguiendo esta *virtù*[2], que guía al escritor y también al actor a través de la incertidumbre en la que se hayan inscritos. Como señala Flynn, la necesidad del discurso verdadero que guía al escritor y que dice cosas que otros han omitido, se corresponde a la necesidad de una acción política que exige al príncipe hacer cosas que otros hombres no han hecho. Pero este discurso no puede aparecer abiertamente.

Es necesario lanzarse al abismo de la indeterminación de la obra, aceptando el riesgo de perdernos y, como retener la sensación "de que la obra se nos presenta como obra desconocida" (Flynn, 2008, pág. 37). Y la escritura lefortiana presenta también ese desafío: con un movimiento sinuoso de idas y vueltas, nos confunde mil veces hasta perdernos. Con esta intención avanza Lefort sobre El Príncipe, y avanzamos nosotros sobre su trabajo.

La interpretación

[2] Como sabemos, el concepto maquiaveliano de *virtù* difiere del término clásico *virtud*. Éste último remite al concepto tradicional opuesto a *vicio*, mientras que la *virtù* refiere a la capacidad de hacer frente a los avatares de la fortuna, oscilando entre la virtud y la no virtud tradicional según requiera la ocasión. "Ciertamente, esta *virtù* es definida como la antítesis de la Fortuna; es el poder de sustraerse al desorden de los acontecimientos, de elevarse por encima del tiempo que –ya lo sabemos- *lo disipa todo;* de aprovechar la Ocasión y, por tanto, de conocerla, de introducir, en fin, según las palabras del autor, *una forma en una materia."* (Lefort, 2010, pág. 196)

Lefort comienza por preguntarse por el plan aparente que revela una primera lectura de la obra: un proyecto cuyo asunto sería el arte de gobernar y su materia las acciones de los grandes hombres. Sin embargo, encuentra aquí algo insólito: la obra no concuerda con ningún trabajo clásico sobre el asunto. Distanciándose de la tradición precisamente por aquello que no dice, evita la explicación de la posición del príncipe en relación con los súbditos y con la naturaleza, en los términos clásicos; sustrae sus verdades de la autoridad de la razón o la religión. El pensamiento de Maquiavelo se inscribe así como un pensamiento sin fundamentos que inaugura una nueva dimensión para pensar la autonomía de lo político. "El silencio de Maquiavelo en lo referente a estos asuntos es, en efecto, ensordecedor. […] Este silencio muestra que la meta de sus escritos tiene un *nuevo objeto*, a saber, la autonomía e irreductibilidad de lo político en íntima conversación con la cosmología y la teología." (Flynn, 2008, pág. 38).

Comprendemos entonces que Maquiavelo realiza una lenta destrucción de la enseñanza tradicional, que oscila entre dos polos: busca arruinar la concepción clásica y cristiana del Estado y al mismo tiempo denunciar la política sin principio de los pseudo-sabios de Florencia. Pero esto no lo conduce a precipitarse en un empirismo, ni a buscar una verdad científica; tampoco repone lo que fue destruido por la argumentación ni restituye la ética tradicional: antes bien sustituye el supuesto saber de la religión y la tradición, por un no-saber, y el análisis del poder aparece suspendido en el vacío.

En el silencio de la obra Lefort lee el indicio de un lugar silenciado por el autor, un discurso que permanece más acá de la expresión. Para comprenderlo, es necesario suspender el juicio y retener el asombro; es necesario hacerse sensible a lo no dicho que permanece en el horizonte de lo dicho. La pregunta de Maquiavelo sale al encuentro del conocimiento y, el pensador se arroja al objeto de estudio –y ocurre que la materia sobre la cual se arroja no puede ser abordada si no es a través de un ejercicio de este tipo-. Para comprenderla, nos toca también imitarlo.

Lefort encuentra en El Príncipe un doble registro: un orden visible de las ideas, que recubre un desorden latente. En una primera lectura vemos junto al autor que Maquiavelo parece avanzar con paso seguro hacia su objetivo, estableciendo una equivalencia entre el mecanismo de la acción y el orden del discurso; hay una suerte de teleología entre la ineluctabilidad de las cosas y la exigencia de la decisión racional. Pero poco a poco la potencia del príncipe, vértice de las definiciones que veníamos viendo hasta el momento, parece tornarse difusa: el sujeto no es libre para decidir el empleo de la fortuna o la virtud y es dos veces desdoblado: el príncipe es el sujeto

que detenta la representación de su empresa y, a su vez, es representado, y su obra percibida como un efecto de la *virtù* o la fortuna. El sujeto de acción se desenfoca. Así perdemos al sujeto y, junto con él, el terreno en que situábamos nuestra reflexión.

Comenzamos a ver entonces una estrategia de escritura: "la digresión, la insinuación, la elisión, el juego de doble verdad, embrollan el argumento y sugieren que éste queda como doblado por una palabra más profunda, de la cual no sabemos ni dónde tiene su origen ni hacia dónde nos lleva, solamente que es esencial identificarla" (Lefort, 2010, pág. 172). Perdemos la certeza respecto al camino y no sabemos si el plan de la obra está destinado a asegurarnos o a perdernos. Y precisamente, el ejercicio de la enunciación y el silencio de la obra de Maquiavelo –así como también, por momentos, la de Lefort-, busca generar un efecto en el lector que lo *prepare* para recibir las enseñanzas del autor. "La seguridad que procuraba primeramente la imagen de la demostración ha sido sustituida por una inseguridad" (Lefort, 2010, pág. 172). Maquiavelo, advirtiéndonos que no va a tratar ciertos temas –como los principados eclesiásticos, o la virtud de Moisés-, y tratándolos automáticamente luego, huyendo de las definiciones conceptuales precisas y presentando siempre los términos en sus relaciones, genera un suspenso en el discurso que opera tanto permitiendo la aparición de la novedad en el pensamiento, -y habilitando su pensamiento-, como afirmando en ésta vía, el único modo de presentación de una materia, siempre compleja, siempre variable. En este ejercicio de destitución de los fundamentos tradicionales, Maquiavelo obliga al lector a una cierta complicidad: lo fuerza a suspender el juicio.

Así se nos presenta una intención oculta, y debemos renunciar a la idea de un plan que organiza la obra: hay que buscar en lo indeterminado y hay que aceptar que los conceptos del argumento inicial son ambiguos; "es preciso considerar varios pensamientos a la vez, detenerse en el umbral de un dominio para medir la dificultad o el peligro que entrañaría penetrar en él, […], aceptar poco a poco la complicación de una materia […] que parecía al principio no ofrecer resistencia a una inspección del espíritu" (Lefort, 2010, pág. 177). El trabajo de lectura exige un riesgo. Pero es sólo a cambio de afrontar el riesgo de no sabernos fundados en un suelo conocido que podemos abrir la trama de la obra y encontrar en ella el trabajo de pensamiento del autor. Incluso más, es sólo a cambio de abrazar la indeterminación que inaugura la obra, que se abre el camino para comprender que el trabajo del escritor, el del actor y el del lector coinciden en la ausencia de certidumbre.

Formamos una doble impresión: la de un discurso riguroso, que presenta un pensamiento ordenado, y la de un pensamiento divagante, que se detiene o retracta. Así, en una crítica a la soberanía del lector-intérprete, Lefort nos dice que sólo podemos comprender el sentido de la obra siguiendo la necesidad de su discurso. Y "recordamos que Maquiavelo ha procedido como el arquero, que su discurso sigue el trayecto indirecto de la flecha y que las consideraciones generales cuyo sentido buscamos en vano son tal vez, en lugar de la diana, un simple punto de mira que hay que abandonar." (Lefort, 2010, pág. 195).

El recorrido de la obra

A medida que avanzamos junto con Lefort en la lectura de la obra, vemos un primer esquema que induce a imaginar el campo de la política como un campo de fuerzas, donde el poder debe encontrar las condiciones de un equilibrio. Sin embargo, a medida que descubre en las acciones de los fundadores la necesidad bruta de una lucha por el poder, comienza a revelar las exigencias según las cuales dicha lucha se regula: el medio de la coexistencia social en la que se ancla el apetito de potencia. Comprendemos entonces que la fuerza del príncipe solo se determina en el seno del campo en el que se inscribe; siempre se presentan los hechos en relación unos con otros, forzando al lector a pensar los términos en función de sus relaciones.

Como señalábamos más arriba, el sujeto de acción aparece desdibujado. Si el objeto –principado- es aprehendido en una definición que lo constituye como resultado de las operaciones de un sujeto –príncipe-, y el sujeto –príncipe- es determinado en relación al lugar que ocupa respecto al objeto –principado- y su acción es percibida como efecto de la virtud, entonces el imperio, nos dice Lefort, es el concepto que ofrece Maquiavelo para nombrar al poder que ejerce tal hombre y también aquello en virtud de lo cual se ordenan sus relaciones en el marco de un Estado. El imperio representa aquel espacio, como señala Flynn trayendo a Merleau-Ponty, que "es 'el espacio de un «entre-deux» que se anuncia como el lugar de lo real ('reel') que preexiste a la acción del sujeto político'" (Flynn, 2008, pág. 41). Así el orden del poder o la potencia se oculta: "En definitiva, solo la constelación de los hechos es significativa: sólo podemos considerar el comportamiento de los súbditos en relación al comportamiento del príncipe, y viceversa, y es el hecho de sus relaciones lo que constituye el objeto de conocimiento" (Lefort, 2010, pág. 187).

Ahora bien, Flynn se pregunta junto a Lefort: "'Si se representa desnudo al poder, ¿cuáles son las prendas que se han dejado a un lado?' Con toda claridad la respuesta debe de ser la representación" (Flynn, 2008, pág. 36).

Aparece el doble registro de la potencia en función de la defensa del Estado y el buen gobierno. De hecho, sabemos que el príncipe no triunfa por el sólo hecho de ser el más fuerte; para fundar y más precisamente, para perdurar, debe coexistir con los súbditos: su acción debe ir al mismo tiempo "en el sentido de la mayor y de la menor violencia." (Lefort, 2010, pág. 186). La relevancia de la representación moral de las acciones del príncipe aparece precisamente cuando consideramos la relación en la cual se inscribe el sujeto de acción: el príncipe actúa a la vista de los súbditos. Sus cualidades son las que la opinión le reconoce. De modo que Lefort nos presenta un objeto de estudio que pasa más bien a ser el *hecho* de la *relación* entre el príncipe y los súbditos, considerando que incluso las acciones y los hechos de la historia se realizan siempre a la vista de otros y que son inteligibles, precisamente, porque se articulan con otros hechos, presentándose en relaciones[3]. La pregunta por la potencia pasa a un segundo plano y emerge la pregunta más bien por el conflicto o los conflictos que oponen a actores. Y lo que aparece porta siempre un sentido, que se deja ver en su realidad histórica.

El orden de las apariencias se revela como algo distinto de la distinción clásica de apariencia y esencia. Es decir, elimina la distinción entre fenómeno y esencia, pero esta nueva ontología no suspende su relación con el ser sino que modifica el orden mismo de las apariencias. Tal como no podemos pensar la fuerza como un objeto en sí, prescindiendo de la relación social sobre la que se posa y la representación que genera –es decir, la acción que es hecha a frente a los otros-, ningún concepto en la obra de Maquiavelo, siguiendo a Lefort, podría ser pensado sin considerar la representación que de sí generan los demás. De modo tal que la relación es constitutiva al fenómeno, y en la esencia de las cosas encontramos una apariencia que es a su vez una relación.

El estudio de la fundación será la ocasión para presentar la reflexión en torno al origen del Estado. A lo largo del capítulo VI de El Príncipe, Maquiavelo nos induce a preguntarnos por los fundamentos del orden político; la creación del Estado, que aparecía en primer lugar como obra de la *virtù*, revela la necesidad de instituciones, de nuevos órdenes y modos, que consigan estabilizar el poder y afianzar su seguridad. (Y sabemos que no hay nada más peligroso que

[3] "A la vez que extrae de toda situación los términos de un problema y nos hace sensible la exigencia de un método, muestra que los datos de este problema no dejan de cambiar y que la solución no está nunca dada de antemano." (Lefort, 2010, pág. 189)

fundar nuevas instituciones “pues no gozan de ningún apoyo en la sociedad” (Lefort, 2010, pág. 196).)

La fundación requiere la *virtù* más alta por parte de su fundador y se presenta como la empresa más peligrosa y gloriosa. Pero a esta virtud, que se nos aparecía como la capacidad de hacer frente a la fortuna, contando con su sola potencia, se sucede otra imagen de una política virtuosa “en la que la fuerza se encuentra resituada en su justo lugar” (Lefort, 2010, pág. 202). Cuando parecía que llegaba al límite del realismo, reintroduce la moralidad: nos convence de la necesidad de moralidad del gobernante, de que la *virtù* siempre es acompañada por la virtud moral y la política no es reductible al cálculo de las armas. Sin embargo, esto aparece tan sólo para decirnos automáticamente que quien siga las enseñanzas de la tradición caerá en la ruina: la buena y mala reputación son reversibles. De este modo, el criterio de lo útil deja de ser determinante y los objetivos del príncipe se miden en función de una verdad en la que se enuncia el sentido de la relación social.

En este sentido, en el estudio de la fundación encontramos también la búsqueda de consentimiento popular. “A la lucha directa en vistas a la dominación le sucede una lucha indirecta que implica el reconocimiento de sí por el otro; al poder de la muerte del que se deduce la acción, le sucede el de la vida que exige consentir el intercambio. […] En esta inversión de la dependencia se instituye un sentido nuevo de la acción” (Lefort, 2010, pág. 209). Aprendemos así que la acción política no se puede definir sin tener en cuenta la representación que de ella se hacen los hombres: debemos situar la acción del príncipe en el medio social en que adquiere su significación específica.

Pero el medio social se revela como un abismo. Maquiavelo declara que en todas las ciudades existen dos humores: los grandes, que desean gobernar, y el pueblo, que desea no ser oprimido. Esta oposición es constitutiva de lo político y su afirmación reviste un carácter universal. La existencia de uno y otro sólo se determina en esta relación esencial que es el choque de dos apetitos, en principio igualmente insaciables. Estos dos deseos jamás pueden apagarse mutuamente por completo ya que uno supone necesariamente al otro. De modo que el príncipe debe comprender el punto de apoyo en sus súbditos de un modo completamente nuevo: “la experiencia del vacío que ninguna política colmará jamás, por el reconocimiento de una imposibilidad en que se encuentra el Estado de reducir la Sociedad a unidad” (Lefort, 2010, pág.

212). Solo comprendiendo la naturaleza de la sociedad civil puede comprender su punto de apoyo y la naturaleza del vínculo político.

Así el príncipe reconoce los dos partidos de la sociedad civil y debe elegir uno. La opción es guiada por la necesidad de erigirse por encima de la división social; y la posibilidad de elevarse aparece distinguiéndose de los súbditos y apareciendo como de distinta naturaleza. A los ojos de los grandes, el príncipe no está por encima de las clases: es uno de ellos, y su vínculo es personal. Pero para el pueblo, el poder del príncipe aparece como de otra naturaleza, distinto de la dominación natural que ejercen los grandes sobre ellos. De modo que encontrará en estos su punto de apoyo. El príncipe deshace la relación de violencia natural trocándola por violencia política en el momento en que evita al pueblo ser el objeto inmediato de deseo de los grandes. Y éstos pueden someterse a su autoridad, porque su deseo no es mandar, sino solo no ser mandado. "No poder y poder absoluto se unen en una oscuridad que importa no disipar" (Lefort, 2010, pág. 213). En el momento en que el príncipe consigue disociar su imagen de la de los demás particulares, su prestigio resiste al debilitamiento de su potencia. La audacia del fundador consiste en que invierte la jerarquía establecida, arruina el poder de los grandes y para construir el suyo se vuelve hacia pueblo. Ahora bien, ¿a qué obliga esta alianza con el pueblo? Maquiavelo no lo dice, pero sí sabemos que el príncipe debe ser no–odiado por el pueblo. Incluso más, el pueblo desea también que el príncipe gobierne y lo "salve" de la dominación natural de los grandes.

Así es como sólo en el momento en que el príncipe consigue disociar su imagen de la de los demás particulares, su prestigio resiste al debilitamiento de su potencia. Y la coacción física se troca por una coacción social: se ha interiorizado. Quienes desconfíen del pueblo y busquen seguridad en los grandes, encontrarán su ruina. Porque *solo hay seguridad en el riesgo*, que se condice con la variedad de la materia y el movimiento del mundo.

De modo que la verdad efectiva es la de la relación social entre el príncipe y los súbditos, el poder y la sociedad que le da origen, y lo que descubre en la realidad efectiva es una imagen. El príncipe sólo existe para los demás, la estabilidad de su imagen es todo. De allí también la importancia de presentarse junto a los ejemplos de grandes fundadores de la antigüedad. La función realista de los grandes ejemplos es una función simbólica; lo simbólico *hace* algo; es edificante. La *virtù* necesaria para ungirse de aroma a antiguo depende de la capacidad del príncipe de utilizar su astucia para posicionarse, no como un semejante, sino como otro que

permanece más allá de la inmediatez. Es decir, el fundador debe elevarse por encima del conflicto social.

La imagen de sí mismo que proyecta el príncipe se desdobla para dejar aparecer la que le devuelven reflejada sus súbditos. Maquiavelo, a través de la teoría de la astucia, le da cuerpo a la necesidad de la imagen: el príncipe debe ser doble, él es el gran simulador y gran disimulador que disfraza la fuerza de la ley y da un rostro humano a la bestia, al tiempo que la reprime. Sin embargo es necesario que se separe de la determinación de los deseos del pueblo para tomar a su cargo su representación en una imagen no buena y no mala, estabilizando los sentimientos en el corazón de una imagen que satisfaga la ambivalencia. Así el príncipe debe unir su persona a la majestad del Estado, dando *el cambiazo*, y permitiendo la mistificación con su astucia.

Y debe hacerlo también porque los súbditos no toleran el espectáculo de la astucia; necesitan la apariencia del Bien. El pueblo le creerá, si no se hace odiar. Y ocurre así porque reconocen que en definitiva su libertad –respecto a la dominación natural de los grandes- se encuentra en la posición elevada del príncipe por encima de los dos humores de la sociedad. *Manteniéndose suspendido sobre la brecha abierta de la sociedad, mantiene al mismo tiempo el lugar del poder y el lugar de la libertad*.

El pueblo odia ver la crueldad de modo tal que se dejará engañar, deseando la mistificación. A esta complicidad en el engaño Flynn la llama "intercambio simbólico". (Flynn, 2008, pág. 58). Así los súbditos pueden aceptar la crueldad mientras esté bajo el velo del bien común. Al caerse el velo, el príncipe aparecerá como un hombre particular, uno más entre otros. De modo que sólo en la medida en que el príncipe pueda separarse del conflicto social, podrá sostener la mistificación. Y Lefort nos dice que tal vez sea esta la condición necesaria para que el poder se torne trascendente sin trascendencia.

Sin embargo el príncipe no es pura mistificación: la realidad del poder está ligada al despliegue de un imaginario. El imaginario oculta la brecha, el desgarramiento de la sociedad y con la buena imagen del príncipe se realiza el deseo de la sociedad. Esta afirmación se presenta como una verdad universal: el poder se ancla siempre en un vacío social, y siempre se mantiene en movimiento. Es el movimiento lo que mantiene unida a la sociedad y el mito lo que les da la condición para su coexistencia.

Los límites del discurso. La acción política y la incertidumbre

Lefort revela una nueva ontología en la obra de Maquiavelo: la sociedad está abierta al acontecimiento, no se refiere inmediatamente a sí misma, está desgarrada y se le plantea indefinidamente la tarea de coser la brecha. El ser no se deja aprehender más que frente a lo que adviene, en la articulación de las apariencias; el ser sólo se muestra en el movimiento. La nueva ontología, como señalábamos al comienzo, no suspende su relación con el ser. Y es así como además podemos comprender de qué modo la ausencia de fundamento último no subsume al discurso en el relativismo: el juicio político encuentra sus límites dentro de lo político mismo, en el aquí y ahora de lo social.

Comprendiendo la complejidad de la materia, la variedad de lo político, vemos que la sociedad se encuentra siempre abierta al acontecimiento, poniendo en juego constantemente el conflicto de los deseos que a su vez le da forma y constituye. Y la necesidad del poder -que es también la necesidad universal de regular la lucha en la que se inscribe-, implica a su vez que este movimiento -que siempre se relanza por la insaciabilidad de los deseos- sea, como señala Lefort, "asumido y traducido por una política de riesgo. Entre la moderación y el arrebato no hay incompatibilidad, pues la elección no es entre razón y sinrazón, sociedad concorde consigo misma y sociedad devastada por la pasión. La Razón comprende la Sinrazón; paz y guerra son dos polos de la vida social; las condiciones que aseguran la cohesión del Estado son también las que lo precipitan en una historia" (Lefort, 2010, pág. 253). Es decir, la materia sobre la que trabaja Maquiavelo, -materia cuyo estatuto es modificado a través del trabajo mismo de la obra de Maquiavelo, que vaciando los fundamentos cosmo-teológicos del orden político y colocando en su lugar un vacío, nos deja sin referentes de certidumbre para fundar nuestro juicio-, encuentra su abordaje en una práctica política que toma a su cargo la incertidumbre inscrita en su campo de acción; el príncipe debe ser sensible a la novedad porque debe comprender el sentido de su tarea, y este sólo puede aprehenderse en el movimiento; el príncipe debe ser sensible a la novedad porque la sociedad se presenta siempre desgarrada, en tensión consigo misma (y sólo podrá esperar la ruina quien, confiando en la máxima de los pseudo-sabios de Florencia para quienes *conviene ganar tiempo*, ignoren que el tiempo todo lo oculta y todo lo trae…).

Y esta verdad de la relación entre el príncipe y los súbditos aparece en el nivel de la organización militar y del interés bien entendido de la milicia popular. Lefort nos hace ver un espacio trazado por Maquiavelo: haciendo a un lado la lógica abstracta de las relaciones de fuerza y buscando los móviles que determinan la conducta de los actores, se revela el espacio propio de la política,

donde el antagonismo se transforma en cooperación: la potencia del pueblo es una garantía de su obediencia. La cohesión del estado se encuentra en la capacidad del príncipe de presentarse unido a la majestad del estado y encarnar, imaginariamente, la unidad de la sociedad, pero sólo acogiendo la tensión de pasiones en su interior y buscando en su abismo el punto de apoyo puede también precipitarse junto al estado en una historia. Y "es al lector a quien toca hacer este descubrimiento." (Lefort, 2010, pág. 221). Una vez más, Lefort nos introduce en la complicidad generada por Maquiavelo.

Siguiendo el argumento de Lefort guiado por Maquiavelo, vemos que en el corazón del estudio de la milicia popular surge un análisis de los principados eclesiásticos, poniendo de manifiesto una crítica de la política pontificia que se mezcla con la de un sistema de defensa característico de los Estados contemporáneos. La impotencia de los estados para formar un ejército de ciudadanos se enlaza a la crítica a la impotencia de la iglesia, siempre destinada a reclutar tropas en el exterior. En el reclutamiento de mercenarios, Maquiavelo lee el miedo que tiene un príncipe de su pueblo. Y considerando la decadencia de los estados Italianos y la crisis a la cual acarrea la utilización de ejércitos mercenarios, leemos una vez más la necesidad de asumir los riesgos que implica inscribir un orden en el tiempo. Así de la comparación y crítica de los estados pontificios respecto a los principados civiles, surge la impresión de una tarea histórica inscrita en el presente.

Una vez más comprendemos que el príncipe debe aceptar la indeterminación y si la satisface, se le ofrece la posibilidad de descubrir en lo posible la vía de su acción. Su política es una política de riesgo, que se hace cargo del movimiento de la sociedad. No debemos olvidar "que los hombres y las cosas son inestables, que el tiempo lo borra todo, que el deseo no da tregua y que, por tanto, sólo hay seguridad en el riesgo, y ello en virtud de un movimiento que concuerda con la agitación del mundo" (Lefort, 2010, pág. 216).

El príncipe debe ser capaz de abrirse a la incertidumbre y ser capaz de leer el *hic et nunc* de la acción política; debe ser sensible a los signos de lo nuevo, a los cambios de los tiempos. La gran política consiste en aceptar la tarea que se inscribe en el ser de lo social; y en ella se cumple el movimiento de auto-reconocimiento. De modo que la consideración del buen o mal gobierno pasará a ser juzgado, a partir de este momento, en relación a la función que ejerce el príncipe en el estado, en tanto que determinado por dicha función. Así nos descubre que en cada situación hay una política requerida: es lo que concuerda con el ser de la sociedad. La acción del príncipe

se mide por la exigencia de la acción del príncipe. Su éxito depende de su capacidad de mantener la unidad frente a la ineluctable contradicción del abismo social.

"Sin embargo, existe un elemento ineluctable de finitud en los asuntos humanos, y un elemento tráfico dentro de la política. Cada época exige un cierto estilo de acción, una cierta correspondencia entre el carácter y lo dado en el tiempo. No puede haber arte de gobernar que garantice éxito porque anularía la finitud humana." (Flynn, 2008, pág. 71). E incluso más: el príncipe nunca podrá forjarse una imagen exacta de las fuerzas que tiene que dominar; nunca descubrirá, a esa distancia, el sentido de la oposición sobre la que se asientan. La verdad de la relación social solo es sensible para aquel que percibe más allá de los datos inmediatos, aquel que descifra el deseo o la exigencia con que el grupo se postula como clase política.

El poder está inscrito en el registro que él mismo descifra, pero ocupa su lugar propio. El príncipe se escinde de las partes –de la fisura de lo social-, y a su vez ofrece un sustituto –se ofrece como sustituto- a la unidad, que solo es eficaz en la medida en que represente y enmascare a la vez la división social. El poder, dado a la división una aparente solución, parece superar la división, pero al mismo tiempo adquiere su fuerza de ésta. De modo que el príncipe descubre allí el límite de su objetivación: aparece situado en la sociedad, investido de un poder, encargado de encarnar la comunidad imaginaria; encarna el imaginario que le asigna la sociedad, pero también es preso de éste.

Así una y otra vez tenemos la sensación de que, tal como el pensamiento hunde sus raíces en el no-conocimiento, en el desorden que subyace al orden del discurso, -que por momentos se figura como la dimensión de lo real, que no podemos aprehender a través de un trabajo ordenado de simbolización-, también la acción política parece requerir el hundirse en la indeterminación de lo real, a través de un trabajo con la contingencia. Pero como vimos, el príncipe no puede acceder a lo real: las condiciones mismas que le aseguran un acceso a lo real lo enmascaran y sólo puede realizar su tarea de encarnar la identidad de lo social a través de un imaginario, en el que es colocado. El príncipe no puede resolver la tarea, pero aun no pudiendo, tiene noción de que existe. No podemos dejar de preguntarnos si, tal como la apariencia y el fenómeno figuran un sentido, el imaginario que encarna el príncipe no informa, también, -aunque velado- algo acerca del contenido específico de lo real, en tanto que *su* representación –el ser de la sociedad-. Así el príncipe debe confrontarse con lo real sabiendo que aquello se encuentra atravesado por una indeterminación, y que solo sosteniéndola puede constituirse como sujeto político.

En esta interrogación el príncipe descubre, en el corazón de su proyecto de fundación, la huella de una necesidad extraña, y en las cosas, el reflejo de su imagen. En la medida en que se abre la interrogación del presente, se abre el camino a lo posible y recupera el gusto por la invención. "Así pues, hay que entender que, para el príncipe, buscar la verdad, afrontar el presente en su contingencia y asumir su libertad, son una misma cosa." (Lefort, 2010, pág. 262). La acción está arrojada a la contingencia y esto preserva el enigma de la libertad. Al poner y volver a poner en juego su deseo en la historia lleva adelante una política de riesgo.

Maquiavelo "Une al tal vez que surge del esfuerzo de dominación, el tal vez que se anuncia del empuje irreductible del tiempo, siempre nutricio y siempre devorador. Pero esta ambigüedad de lo incierto no nos desarma. Al contrario, nos sostiene, pues siempre estamos implicados en la hipótesis. […] Estamos abocados a emprender, sin otra seguridad que la del riesgo. Y es esto lo que da, en definitiva, su estilo a la acción política" (Lefort, 2010, pág. 267).

De modo que el combate entre fortuna y virtud se revela como una ilusión: la virtud se opone a la no virtud y está siempre arrojada a la incertidumbre. Sólo la Ocasión le permite revelarse; las épocas exigen un estilo de acción. Así solo la audacia da una réplica al azar: lo sabemos, es mejor ser impetuoso que respetuoso. Y "la decisión política no es de aquellas cuyos términos puedan ser enteramente sopesados, que hay una oscuridad última de la pasión y de la imaginación que concuerda secretamente con la de la Historia" (Lefort, 2010, pág. 268). La fortuna revela que los horizontes del pensamiento político no son políticos, *que la relación del príncipe con el poder es una figura de la relación del hombre con el tiempo y con el ser*. Es preciso dar cabida a lo incognoscible. Tal vez sostener lo incierto, el no conocer es aquello que nos permite actuar con mayor inteligencia y aceptando la carga de riesgo que sostiene.

La acción del príncipe se concibe siempre en un campo social e histórico determinado –*hic et nunc*-; pero este campo varía constantemente, y "el tiempo lo borra todo y que, así, no hay conducta ni métodos seguros, al abrigo del acontecer" (Lefort, 2010, pág. 266). Es imposible descifrar el futuro desde el cálculo racional realizado al amparo de los riesgos de la acción política. "Las perspectivas de la ciencia y de la práctica no pueden jamás superponerse por completo. Existe una contingencia irreductible en la relación entre el personaje del actor político y los tiempos en los cuales vive." (Flynn, 2008, pág. 71) Quien acoja la indeterminación se abrirá al discurso propio de la política.

Bibliografía

Bignotto, N. (2012). Un lecteur de Maquiavel. *Claude Lefort et la pensee du politique.* Paris: Centre d'etudes sociologiques et politiques Raymond Aron.

Flynn, B. (2008). *Lefort y lo político.* Buenos Aires: Prometeo.

Lefort, C. (2010). *Maquiavelo. Lecturas de lo político.* Madrid: Trotta.

Maquiavelo, N. (1965). *Obras Políticas.* Buenos Aires: El Ateneo.